

LA LARGA TRISTEZA

Tomás Straka

La emigración, sobre todo de jóvenes profesionales de clase media y alta, sirve para reflexionar sobre las grandes promesas de la Venezuela contemporánea y su impacto en el estado de ánimo de la nación. Durante los últimos cien años, ¿cómo se vinculan los momentos en los que la emigración ha sido una aspiración, con el optimismo o la decepción de los venezolanos, sobre todo de la élite, con respecto a su entorno, el proyecto nacional y las posibilidades de lograrlo?

DOS jóvenes venezolanos intercambian opiniones sobre su patria. Luis Heredia, como tantos otros, decidió emigrar a Europa y ahora vive en Francia. Ernesto Gómez, su amigo, sigue en Caracas y sólo sueña con imitarlo. Por eso está ávido de información. Quiere saber cómo es todo por allá, compulsar posibilidades, verificar ilusiones. Las noticias que tiene de Heredia dibujan un cuadro inacabable de felicidad (salidas, espectáculos, fiestas), que anhela para sí y le hacen incompresibles las reservas que poco a poco éste le va confesando. Hay tardes en las que Heredia se pone filosófico: dice que después de todo París no es como la pintan, ¡ni siquiera las muchachas son tan bonitas! (tal vez demasiado flacas para su gusto). Hasta síntomas de mal de patria comienzan a darle. En ocasiones le aflora algo que se parece al remordimiento por no hacer algo a favor de los suyos. Incluso lamenta que tantos jóvenes quieran marcharse, como lo hizo él. Pero a Gómez aquello le parece insólito. Sospecha que son sólo poses para no causar envidia o excusas para

calmar su conciencia. En una revolución, con unos generales que se reparten el botín de las arcas nacionales, un entorno y unas gentes mediocres, nada puede ser digno de añoranza. Lo increpa. Casi lo insulta. No hay caso. Al final logra irse y no lo piensa dos veces. Se va.

Visa para un sueño

El diálogo anterior, contra lo que pudiera pensar el lector, dista de ser actual. Heredia y Gómez son personajes de un cuento ambientado en 1898 (su telón de fondo es la guerra Hispano-Norteamericana y la Revolución de Queipa) y escrito algunos años después. Su título es *Viejas epístolas* y el autor es Pedro Emilio Coll, quien sabía de lo que estaba hablando. En su juventud también fue de esos muchachos del *fin de siècle* que, después de abrigar grandes esperanzas políticas y estéticas (sobre todo estas, comoquiera que se atrevió a las filigranas del lenguaje modernista), desembocaron en el ánimo del *Finis Patriae* expresado por su contemporáneo Manuel Díaz Rodríguez como único desti-

no para su generación y para su país. Y así, como el Alberto Soria de sus *Ídolos rotos*, sólo hallaron un remedio posible en la emigración.

Pero Don Pedro Emilio, como la mayoría de ellos, no pudo irse. Es un aspecto de una gran significación histórica sobre el que vamos a insistir. Terminó sus días en el peripato del que entonces era escenario la Plaza Bolívar y su vecina Cervecería Donzella, como encarnación de la ironía, de cierto descreimiento, de la nostalgia por lo que pudo haber sido y no fue. Hoy se le recuerda por *El diente roto*, esa metáfora de la medianía nacional que por algo se hace leer en todas las escuelas, y, entre los caraqueños, por un famoso liceo de Coche. Situación que a lo mejor lo haga sonreír una vez más, y acomodándose con gesto amable su sombrero y lo ponga a tomar notas para otro cuento o ensayo; sobre todo ahora, cuando en las clases altas y medias volvemos a encontrar jóvenes tan desesperados como él lo fue en sus días, cuando la desesperanza y una cierta tristeza aparecen otra vez en el rostro y en las almas de tantas personas (y de tantos personajes).

Tomás Straka, historiador y profesor de la Universidad Católica Andrés Bello.

En los escritores de las dos o tres generaciones que siguieron a la suya (y que antecedieron a la de los muchachos de hoy) la situación fue distinta. Aunque no dejaron de acusar lo que de falso y contradictorio tuvo un país en el que todo comenzó a salir sospechosamente bien, su talante con respecto al país empezó a ser otro. Hasta en las almas carcomidas y en los destinos fallidos de Venezuela que nos dibujaron, se atrevieron a atisbar desenlaces optimistas (e incluso muy optimistas, como la de *Doña Bárbara*). Por muy duras que fueran *La galera de Tiberio* (1932), de Enrique Bernardo Núñez, o *País portátil* (1967), de Adriano González León, por sólo nombrar dos novelas emblemáticas de encendido dolor patrio, en ninguna se encuentra esa melancolía que flota como un sopor y lo impregna todo en *Lorena llora a las tres*, de Miguel Gomes (2010).

En Núñez y González León hay más rabia que tristeza; un deseo más o menos disimulado de despertar a la sociedad y hacerla tomar las riendas de su porvenir. Repárese el resto de los grandes escritores y sus militancias de ese largo período (desde el encendido del liberal José Rafael Pocaterra hasta el ciclo del comunista Miguel Otero Silva sobre la contemporaneidad) y se hallará lo mismo: una crítica que en última instancia apuesta a conmover al lector y a salvar a la sociedad, porque ambos, de algún modo, se consideraban salvables.

Incluso con esa tristeza que sólo tienen los humoristas (a veces es duro ver las cosas con tanta claridad como ellos) y que trazumó un encarcelado Leoncio Martínez cuando escribió *La balada del preso insomne* y dijo que «estoy pensando en exilarme / me casaré con una miss/de crenchas color de mecate y ojos de acuático zafir; / una descendiente romántica / de la muy dulce Annabel Lee, / evanescente en las caricias / y marimacho en el trajín, / y que me adore porque soy tropical cual mono tití»; incluso entonces deja un espacio para la esperanza, y no sólo porque vayan a ser sus «nietos, gigantes rubios, de cutis de cotoperiz», o porque, «en un cementerio evangélico», «tenga lo que a mí me niegan: la libertad del buen dormir», sino porque con todo y el dolor no duda en el buen desenlace final: «¡Ah, quién sabe si para entonces / ya cerca del año 2000, / esté alumbrando libertades, / el claro sol de mi país!».

Leoncio Martínez perteneció a aquella cohorte de hombres míticos y corajudos que lucharon por la democracia, hasta lograr fundarla. Para él, como para la mayor parte de los venezolanos que vi-

vieron las dictaduras de la primera mitad del siglo XX, salir del país fue sobre todo un castigo: el exilio, la pena de extrañamiento. Por eso, en cuanto comenzaron a tener petrodólares para abrir carreteras, fundar escuelas y rociar con DDT las regiones palúdicas, cuando compararon su paz con las guerras mundiales, cuando vieron llegar legiones de inmigrantes y erigirse rascacielos en lo que habían sido pueblones, se abandonó la idea de marcharse, ni siquiera para buscar (o traerse) a una linda y rubia bisnieta de la trágica Annabel Lee (que, por cierto, fue morena, a lo sumo *brunet*, pero Leo no tenía Google a la mano). Aunque se pasaran temporadas en Europa, bien por los exilios durante la dictadura militar, o ya por estudiar o simplemente por conocer y gozar, la idea de volver era la común. Pero es una situación —y este es el punto al que vamos— que no cambia

Para la mayor parte de los venezolanos que vivieron las dictaduras de la primera mitad del siglo XX, salir del país fue sobre todo un castigo: el exilio, la pena de extrañamiento

hasta que se acerca ese soñado —por Leo y por todos los futuristas del siglo XX— año 2000. José Ignacio Cabrujas, por ejemplo, representa un retorno, en sus artículos y en su dramaturgia, a Pedro Emilio Coll: un hombre que poco a poco duda en las posibilidades del país que tan intensamente ama como lo padece. La generación próxima comenzó hasta a dudar del amor.

De modo que entre los modernistas de los 1890 y Cabrujas podría hacerse un electrocardiograma con las variaciones en la potencia del optimismo, con sus elevaciones y descensos. La Lorena de Miguel Gomes está en lo más hondo de un descenso. Para ella no hay remedio. Ella es un nudo permanente en la garganta, unas ganas de llorar por todo y por nada, una depresión (y el depresivo se caracteriza por no ver alternativas). Es una vida que se va desmigajando poco a poco, todos los días; una clase media que no puede más, que se va ajando como los muebles, el carro, la quinta, el matrimonio y la calle que ya nadie mantiene. Lorena llora y llora. No sabe el porqué. Pero gente más fuerte y joven necesariamente elige otra opción. Así las cosas, ¿cuál es la distancia exacta entre los dos muchachos de 1898 y Eugenia, la protagonista de *Blue Label/Etiqueta Azul* de Eduardo Sánchez Rugeles? Preguntar por la distancia entre los personajes de ambos textos es, en buena medida, preguntar por la que existe entre sus respectivos momentos

históricos. ¿Es que de verdad el país llegó a cambiar tanto como se creía? ¿Fue que cambió en un momento dado y volvió atrás? ¿Es esta tristeza algo nuevo o es una tristeza larga? ¿Será que cada subida en el electrocardiograma es producto de algún embeleco?

Los muchachos de 1898 venían de una época, la de su infancia y adolescencia, en la que creyeron en un país próspero y encaminado hacia el progreso, la del guzmancismo y los años que inmediatamente le siguieron. En el electrocardiograma era un momento de elevación. Y a ellos les toca la caída en picada cuando el modelo Liberal Amarillo resulta inviable. Esto explica el giro conservador que muchos adoptan (terminarán casi todos como gomecistas), el llamado al sentido común con el que asumen las responsabilidades del poder cuando llegan a edad adulta, su capaci-

dad para tolerar cualquier cosa —por ejemplo, los desmanes del Benemérito— por considerarla el mal menor, y el cinismo que al final los inocula, haciéndolos emplear su talento para justificar el orden de la Rehabilitación. Se alegran con triunfos concretos: cinco años, diez años, veinte años sin guerra; mil, tres mil, los ocho mil kilómetros de carreteras que hace Gómez; el pago de la deuda; la inversión extranjera que por fin está viniendo con el petróleo. Así justifican sus buenas cuentas en libras o en francos, sus casa-quintas con piscina, sus viajes a Nueva York, que poco a poco sustituye como ideal a la Ciudad Luz. Pero dudamos que llegarían a ser de veras felices y muchos, como acaso don Pedro Emilio —que si bien se desempeñó como diplomático y congresista durante el gomecismo no fue hombre de negociados ni de fortunas— se preguntarían hasta el último día si lo mejor no hubiera sido quedarse en París.

¿Será ese el destino de la generación de los protagonistas de *Blue Label/Etiqueta azul*? Los jóvenes de la primera década del siglo XXI, como los que llegaron a la veintena en la última del XX, también vinieron de una etapa, aún más intensa y larga de sesenta años de crecimiento y mejoras de la calidad de vida, en la que se creyó a Venezuela próspera (de hecho lo fue, al menos en cierto sentido: recibiendo divisas) y

encaminada al desarrollo (como ahora se llama lo que hace cien años se llamaba progreso). Aunque la crisis que se hace inculcable entre 1989 y 1992 —los días en que Cabrujas comienza a escribir con el descreimiento de un Pedro Emilio Coll— no es tan grande como la de finales del siglo anterior, sí ha sido lo suficiente para despertar una sensación similar de decepción. Por algo hoy, como en 1898, muchos de los jóvenes de clase media discurren como los Luis Heredia y Ernesto Gómez del cuento de Pedro Emilio Coll. Es cierto que hay otros que han escogido el camino de las luchas políticas para cambiar las cosas con una ilusión y un misticismo de las mejores generaciones de la historia. No sabemos si terminarán con una tesitura moral como la de los gomecistas. Sólo el hecho de que ahora, como ciento diez años atrás, para muchos venezolanos la «visa para un sueño» empieza a significar bastante más que una canción.

Las chicas quieren divertirse

Aunque el problema de la emigración apenas llega a los debates académicos, ya hay estudios que perfilan algunas tendencias. Se ha determinado, por ejemplo, que en sus motivos aparecen juntas en un primer lugar la imposibilidad de mantener el estatus heredado con la violencia presente desde mediados de la década de 1980, pero aguda en los últimos años; sobre todo ella, que a veces sirve como detonante: un secuestro exprés, un asesinato cercano, un atraco en la casa, son vistos como obvias señales de que lo mejor es partir. En segundo lugar se encuentra un poderoso motivo político: la desconfianza en que el régimen actual pueda ofrecer alguna solución; incluso la certeza de que no solo no ofrecerá ninguna, sino que es parte esencial del problema.

Son razones poderosas y, hasta donde vemos, legítimas, que todos hemos sondeado alguna vez. Pero si queremos entender el fenómeno con sentido histórico habría que sumar otras cosas que por algún motivo no aparecen en las encuestas. Por ejemplo, la sobrevaluación del bolívar. Gracias a ella emigrar no es sólo factible, sino también un buen negocio. Aun con el desesperante control de cambios, es relativamente barato comprar divisas para enviarlas como remesas (cosa que explica otro aspecto normalmente desatendido: aunque en menor medida que antes, son muchos los que siguen inmigrando a Venezuela; situación que tiende a menospreciarse cuando se compara la formación de los que se van con

la de quienes vienen, y eso no sin cierto mohín de superioridad frente a los negros antillanos o los chinos que entran). En todo caso, esta suerte de subsidio a nuestra emigración (cuyo volumen está por estudiarse) permite entender por qué la proporción de emigrantes que envían remesas está por debajo de la mitad (46 por ciento), y es casi la misma de

La emigración venezolana, como casi todo lo demás en la historia contemporánea, está en algún grado signada por el rentismo. El quid de este modelo siempre ha sido la compra de dólares baratos para financiar el bienestar y el desarrollo

quienes no creen estar en capacidad (o no les interesa) ayudar a su país: 48 por ciento (www.tendenciasdigitales.com.ve/Documentos/Latinos_Globales_Resumen_Informe_Encuesta.pdf).

En efecto, la emigración venezolana, como casi todo lo demás en la historia contemporánea, está en algún grado signada por el rentismo. El *quid* de este modelo siempre ha sido la compra de dólares baratos para financiar el bienestar y el desarrollo; dólares que también sirven para financiar, al menos en un principio, a un hijo en el exterior. Es una variable que los contemporáneos de Pedro-Emilio Coll no tenían, y que quizá explica por qué muchos tuvieron que quedarse soñando con París, o arreglárselas para imponer orden y sanear las cuentas, aunque sea de la mano del dictador. Aunque el bolívar era una moneda muy sólida (en la era del patrón oro casi todas lo eran) su relación privilegiada con el dólar llega en la década de 1930. En 1898 muy pocas familias venezolanas podían ganar lo suficiente para mantener a un hijo en el exterior. De hecho, un capítulo poco conocido de la razón por excelencia de la emigración que ocurrió a partir de 1913 —cuando el régimen de Gómez comienza a hacerse de veras duro—, el exilio, es el del drama de los expatriados que literalmente pasaban hambre y frío en el exterior, con familias que se arruinaban para mandarle algo de vez en cuando.

Pero hay más con el rentismo: a mediados de siglo, la renta petrolera ayudó a formar una clase media que llegó a ser verdaderamente próspera y en la que el aporte de los inmigrantes (sobre todo de los europeos que en grandes cantidades llegaron entre 1950 y 1980) fue fundamental. Ambas cosas hoy se traducen en oportunidades —doble nacionalidad y cuentas en el extranjero— inéditas en la historia venezolana para emigrar. Por otro lado, el rentismo también puede

relacionarse con el desinterés de tantos de los que emigran por la suerte de su país. Desde mediados de la década de 1980 hasta la primera del presente siglo, la juventud tendió a declararse «apolítica». Tal vez en el deseo de emigrar de algunos haya no poco de esa indiferencia, de esa vocación por evadir compromisos con cierto dejo de superioridad que tu-

vieron muchos de los abstencionistas del periodo. Porque lo que llama la atención no es la legítima aspiración por encontrar un destino mejor, de alejar a los hijos de los asesinatos, de salvarse de un régimen que no se muestra entusiasta de las libertades; lo llama el interés por los tuyos, incluso cuando en *ocasiones* —y subrayamos la palabra porque acá es especialmente injusto generalizar— subsidian la partida.

Una explicación requeriría de un estudio más amplio, pero tal vez se asocie al proceso de formación de esa clase media. Otro aspecto del rentismo aparece en las facilidades que por treinta o más años tuvo la clase media venezolana para darse una buena formación, incluso en el exterior; para obtener créditos blandos, educación y salud públicas de calidad. Para los gobiernos que se sucedieron después de 1940, la prosperidad de la clase media era la prueba del éxito del sistema y la vitrina de sus virtudes frente a las otras clases (que sólo esperaban su oportunidad para ascender) o los otros sistemas rivales (Cuba desde 1959). ¿Cómo es posible, entonces, que sus bien alimentados, vacunados y estudiados hijos que nacieron entre finales de los sesenta y mediados de los ochenta, la llamada Generación X, se desinteresaran tanto por la política y por lo social?

Tal vez porque no les informaron esto, porque no sabían su propia historia, porque estuvieron demasiado tiempo bailando música en inglés y al final se creyeron muchachos de Nueva York o de Miami. Descontemos algunas variables que justifican la «antipolítica», como el desprestigio de los partidos, en la medida en que se fueron vaciando de ideología, cayendo en la corrupción y fosilizando sus estructuras; y de todos modos nos encontramos con una generación que asumía como normales conquistas que en realidad eran excepcionales, tanto en la historia venezolana como en la del

resto de América Latina; una generación que, con cierta arrogancia nueva rica, fue poco agradecida por las facilidades que el sistema les había concedido, cosa especialmente crasa en el caso de los hijos de inmigrantes, e insensible ante los problemas de quienes no habían corrido su suerte (y de los que muchos se burlaban como *monos* o *niches*); y que, con los bailes y las modas, también copió la despolitización que experimentaron las juventudes de las sociedades occidentales y democráticas en las décadas de los ochenta y noventa, donde todo parecía ya resuelto. Además, la antipolítica se convirtió en una ideología, promovida por intelectuales, académicos y medios de comunicación; y frente al desprestigio, en gran medida merecido, de los partidos, se vislumbraba como una opción razonable —aunque tal vez un poco, insistamos, arrogante, en boca de quienes no tenían idea de lo que implicaba la administración pública—. La caída del Muro de Berlín fue entendida también como la de las ideologías y las utopías, lo que tuvo mucho de bueno, pero también de malo, al apartar cualquier mira trascendente de los debates. Un generación, en suma, propia de los días en los que las *girls just want to have fun* (lo mismo podría decirse de los chicos) o, peor, de aquellos en los que se pedía que «los políticos fueran paralíticos».

No es de extrañar, por lo tanto, que segmentos de la población con este perfil no tuvieran respuestas claras cuando el modelo rentista entró en crisis e hizo insostenibles sus estándares de vida; o cuando el sistema político, casi de manera consecutiva, colapsó. Tampoco extraña que una de las generaciones mejores formadas de nuestra historia, en la que se invirtió como en ninguna otra, simplemente no estuviera (al menos sus miembros más viejos, porque la cosa cambia en la medida en que la fecha de nacimiento se acerca) en la capacidad de hacerse con el liderazgo del país y de moldearlo según sus valores, como se espera de una élite. Es decir, de una élite que quiera algo más que divertirse.

La larga tristeza

Aunque la clase media acompaña en un principio a Hugo Chávez, que ante este panorama se presentó como una especie de desenlace radical, pronto entiende que los valores que el chavismo encarna y los planes que trae no son compatibles con sus aspiraciones. Cuando en 2007 Chávez se declara finalmente socialista, la ruptura no tiene vuelta atrás; por mucho que el deslinde arrancó con la Ley Habilitante

de 2001, con la que da los primeros pasos incontrovertibles hacia el debilitamiento de la propiedad privada y el retorno al estatismo, abandonado con las reformas neoliberales de los noventa. El objetivo no es aquí determinar si las conclusiones a las que llegó un sector mayoritario de la clase media fueron las correctas. Pero resultó evidente que en la sociedad venezolana había otros estratos, en demasiados casos inadvertidos (cuando no objeto de franco desprecio: ¿o qué otra cosa expresa el que los llamaran *monos*?) con unas vivencias, unos valores y una sensibilidad diferentes, aunque tal vez no tanto como la polarización hace parecer; y con una capacidad, con el liderazgo apropiado, insospechada para imponerse (a pesar de que ya había ocurrido antes, por ejemplo en el Trienio). Para ellos la propuesta sí fue capaz de generar esperanzas. Tampoco es el caso determinar cuán equivocados puedan estar.

Entre 2002 y 2006 la oposición venezolana, entonces básicamente de clase media, sufre una sucesión de derrotas, algunas descomunales, en el empeño de sacar a Chávez del poder. Es notable que tan rápido como en 2007, en vez de ha-

¿Cómo es posible que los bien alimentados, vacunados y estudiados venezolanos que nacieron entre finales de los sesenta y mediados de los ochenta, la llamada Generación X, se desinteresaran tanto por la política y por lo social?

ber desaparecido —si se considera la cantidad de recursos que recibió el gobierno, el modo como los empleó para aumentar el consumo, en especial de los más pobres, y el desprestigio de los desatinos anteriores— ganara sus primeras elecciones y empezara a cosechar otros triunfos, mayores o menores, en los siguientes años.

¿A qué viene esto? A que a los motivos ya presentes para emigrar (y en demasiadas ocasiones desentenderse del país) hay que sumar el de la derrota política. Aún no en el sentido de que el exilio sea un fenómeno muy numeroso (a pesar de que ya son unos cuantos los venezolanos que han pedido y obtenido asilo en el exterior). Pero impulsos aparentemente no políticos para partir, como las mejores oportunidades de trabajo (o incluso un trabajo, a secas) pueden asociarse con trances políticos como los de los despidos de Pdvs o la expropiación de la empresa que se posee o en que se trabaja. O la completa desconfianza en que el gobierno pueda o quiera evitar que se sea víctima de un atraco (muchas veces, de otro más); así como la desconfianza en que ese gobierno pueda cambiar.

Al mismo tiempo, la sensación de que ya no se vive en el propio país es impulsada deliberadamente por ciertos sectores. «Que se vayan» ha sido un lema de algunos grupos, utilizado con particular saña contra los inmigrantes y sus hijos, especialmente si son blancos y europeos: «que se regresen»; por no hablar de las agresiones a la comunidad judía. No parece haber especial xenofobia —mucho menos antisemitismo— en el venezolano promedio (aunque ya hubo una explosión antiitaliana en 1958). Pero, aparentemente, hay quienes han querido fomentarla con fines políticos. En todo caso, esto genera un tipo de desencanto muy particular, una «desidentificación» con el país, un resentimiento con un colectivo que prácticamente corrió a muchos mientras les gritaba «traidores», «apátridas» o «pitayanquis», o que votaba por un modo de vida que pasa por destruir el suyo, que hasta el momento sólo se había visto entre algunos inmigrantes que después de la Segunda Guerra Mundial encontraron un hogar en Venezuela y por nada del mundo quisieron volver a saber de su patria. Para quien albergue estos sentimientos, los apagones, la inflación, el desabasteci-

miento y una delincuencia con pocos parangones en la historia de la humanidad casi tienen el sabor de una dulce venganza (sobre todo si desde el principio hay un desprecio por esos *monos*, que lo habían derrotado). Y eso sin contar que los sinsabores de toda emigración aportan razones para darse fuerzas o la esperanza de que pronto, por alguna explosión, al menos el gobierno cambie y valga la pena volver.

Como vemos, unas de cal y otras de arena. Así es la historia, donde todos tienen sus culpas y sus razones. Algún día se hará una historia de la tristeza venezolana. De aquellos hombres y momentos en los que la desesperanza pudo más que la ilusión. Acaso podría dibujarse el gráfico de las subidas y bajadas emocionales del país, y asociarlas con fenómenos concretos, como la emigración. ¿Cuál es el verdadero lugar de personajes y hombres como Heredia, Gómez o Coll? ¿Es la «larga tristeza» sólo la letra de un bolero o una condición nacional? ¿Han sido, más bien, muchas tristezas cortas las que cada tanto tiempo obligan a escapar? Veremos lo que pasa cuando las ondas del electrocardiograma vuelvan a cambiar. ■